

Los bosques y la guerra, los bosques y la paz

Muchos conflictos violentos se producen en regiones pobladas de bosques. En este capítulo se exponen las razones de ello y se proponen algunas soluciones. Se señalan las características generales de conflictos armados recientes, se examinan sus vínculos con los bosques y sus efectos en ellos, se estudian cuestiones relacionadas con situaciones posteriores a los conflictos y se presenta una estrategia para la acción.

Aunque hay y ha habido guerras en todo el mundo, en este capítulo se centra la atención sobre los principales conflictos que han tenido lugar en América Latina, África y Asia meridional y sudoriental. Conflictos menos violentos relacionados con los bosques existen en casi todos los países, pero sus características y repercusiones son algo diferentes.

LA TRAGEDIA DE UN CONFLICTO VIOLENTO

En 2000, se padecieron conflictos armados (definidos como violencia en curso entre dos o más ejércitos por la que mueren más de mil personas en combate) en 17 países y en otros 12 se experimentaron situaciones posteriores a conflictos (Collier y Hoeffler, 2002). Aunque la mayor parte de estos conflictos se debieron a guerras civiles, muchos de ellos afectaron también a Estados vecinos. Además, numerosos países experimentaron otras formas de violencia, como bandidaje y asesinatos vinculados a litigios y hostilidades por la posesión de tierras, en los que se produjeron menos de mil muertos.

El número de conflictos armados en todo el mundo aumentó constantemente entre 1965 y 1990, pero ha disminuido ligeramente desde entonces. Sin embargo, los conflictos recientes parecen ser más duraderos que los registrados en el pasado (Collier y Hoeffler, 2002).

Los conflictos violentos entrañan enormes costos económicos y sociales, así como efectos considerables sobre el medio ambiente. Al final de las guerras civiles, que por término medio duran siete años,

cabe prever que los ingresos per cápita del país sean un 15 por ciento inferiores y que haya en él un 30 por ciento más de personas que viven en la pobreza (Collier *et al.*, 2003). En el pasado decenio, han muerto en conflictos millones de personas, en su mayoría civiles, y muchas más han sufrido mutilaciones o han tenido que huir. En 2001, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (OACNUR) prestó asistencia a 12 millones de refugiados y a 5,3 millones de personas desplazadas dentro del propio país (OACNUR, 2002). Entre los efectos indirectos de un conflicto figuran una mayor incidencia de la mortalidad de adultos y niños, la malaria y el VIH/SIDA. Además, la mayor parte de la producción de opio y cocaína se realiza en países donde hay conflictos o situaciones posteriores a conflictos (Collier *et al.*, 2003).

GEOGRAFÍA DE UN CONFLICTO VIOLENTO

Hay un conjunto complejo de factores políticos, étnicos, religiosos, ideológicos y económicos que explican por qué en determinados países se experimentan conflictos armados, pero hay que reconocer que algunos países están más expuestos a la violencia que otros. Los que corren mayores riesgos tienen ingresos per cápita inferiores y economías estancadas y exportan sobre todo productos básicos primarios. Unos 50 países, con una población total de más de mil millones, reúnen todas estas características. Los países donde un grupo étnico domina a varias minorías son los más expuestos a conflictos militares, lo mismo que aquellos que han padecido anteriormente tales conflictos (Collier *et al.*, 2003).

Aunque las investigaciones sobre la geografía de los conflictos armados centradas al interior de las fronteras nacionales no son exhaustivas, hay estudios (Goodhand, 2003; Le Billon, 2001; Starr, 2002) que indican que los conflictos violentos son más frecuentes en zonas que:

- son remotas e inaccesibles;
- cuentan con valiosos recursos naturales en lugares donde los derechos de propiedad son inciertos o controvertidos;
- tienen una elevada proporción de hogares pobres;
- se han integrado mal en las instituciones democráticas nacionales;
- reciben escasos servicios públicos;
- tienen varios grupos étnicos y religiones.

Las zonas dentro de los países que más probabilidades tienen de experimentar conflictos armados tienden a ser aquellas que reúnen las características que proporcionan los medios o motivos para una guerra. Son lugares aislados donde los subversivos pueden esconderse y explotar valiosos recursos naturales para financiar actividades militares. La inaccesibilidad y la cubierta vegetal pueden facilitar también actividades ilegales lucrativas como la producción de cultivos ilícitos y el contrabando. Es posible que algunas poblaciones recurran a la violencia para conseguir el control de recursos naturales porque se consideran abandonadas o maltratadas. En muchos casos, los motivos son múltiples y cambian con el tiempo, mezclándose dimensiones políticas, religiosas o étnicas con incentivos personales como el deseo de ganancias, riquezas o un rango social, revanchas, seguridad o lealtad a determinadas personas (Goodhand, 2003).

LOS BOSQUES Y LOS CONFLICTOS VIOLENTOS

Las regiones boscosas de los países pobres suelen tener muchas de las características propias de los lugares expuestos a conflictos violentos. Tienden a ser remotas e inaccesibles. En muchos casos tienen valiosos recursos de madera, petróleo, tierras, marfil, diamantes, oro y otros minerales, que los subversivos pueden explotar o gravar con impuestos. Los habitantes de las selvas frecuentemente se lamentan de que sean los extraños quienes más se benefician de estos recursos. Los gobiernos han tendido a considerar las regiones boscosas como lugares periféricos con poca población y escasa importancia política o valor económico y los han utilizado solamente para la extracción de madera o minerales. Por ello, tales regiones han estado tradicionalmente mal integradas en los procesos políticos nacionales y reciben pocos

servicios públicos. Los grupos étnicos dominantes suelen marginar a las poblaciones indígenas y tribales de regiones boscosas, las cuales compiten también por los recursos con inmigrantes procedentes de otras zonas. Teniendo en cuenta las limitadas oportunidades de empleo existentes en muchas de esas regiones, el tomar las armas puede considerarse una forma atractiva de ganarse la vida.

Se puede apreciar la importancia de este problema considerando la siguiente lista incompleta de países que han experimentado conflictos armados durante los últimos 20 años en zonas boscosas: Angola, Bangladesh, Bosnia y Herzegovina, Camboya, Colombia, la República del Congo, Côte d'Ivoire, Filipinas, Guatemala, la India, Indonesia, Islas Salomón, Liberia, México, Mozambique, Myanmar, Nepal, Nicaragua, el Pakistán, el Perú, la República Centroafricana, la República Democrática del Congo, Rwanda, el Senegal, Sierra Leona, Sri Lanka, el Sudán, Suriname y Uganda. También en las regiones boscosas de Bolivia, el Brasil, la República Popular Democrática Lao y Papua Nueva Guinea se ha padecido una considerable violencia social.

Los bosques como medio para la guerra

Los bosques pueden ofrecer refugio, fondos y alimentos a los combatientes. En muchos de los países mencionados, los subversivos han utilizado regiones boscosas para ocultarse de las tropas gubernamentales. En el caso de la República Democrática del Congo, la falta de carreteras a través de las regiones boscosas del centro y norte hacía que la mitad oriental del país estuviera separada de la capital, lo que facilitaba mucho a los grupos subversivos y ejércitos extranjeros la entrada y permanencia en esas zonas.

En varios casos, los gobiernos ignoraban a los subversivos, o hacían esfuerzos sólo superficiales para combatirlos, mientras se mantenían en las regiones boscosas lejanas, entendiendo probablemente que resultaba demasiado costoso realizar campañas militares sostenidas en zonas de escasa importancia estratégica. Así pues, en países como Colombia, Nepal y Filipinas, los subversivos pudieron crearse gradualmente una capacidad militar.

La venta de madera para financiar actividades armadas es difícil porque los troncos se detectan fácilmente y las operaciones requieren un control seguro sobre el territorio. Sin embargo, se han

documentado casos de este tipo en Camboya, la República Democrática del Congo y Myanmar, y es posible que haya otros (Global Witness, 2003; Le Billon, 2000; Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2001). Para recaudar fondos se extraen sobre todo otros recursos naturales que se encuentran en los bosques. Por ejemplo, se han explotado metales de alto valor, como colombo-tantalita (coltan) y casiterita en la República Democrática del Congo, lo mismo que se hizo con los diamantes y el oro aluvial en Angola, Liberia y Sierra Leona. Estos productos, así como el marfil, no requieren mucho capital y son fáciles de transportar y ocultar. Se sabe también que grupos rebeldes han extorsionado dinero a empresas petroleras y mineras y a grandes agricultores en zonas lejanas. Asimismo, grupos armados o quienes los apoyan cultivan, venden y gravan con impuestos cultivos ilícitos producidos en regiones montañosas, boscosas e inaccesibles de Asia sudoriental y central y de las laderas de los Andes.

Muchos gobiernos utilizan los ingresos de la madera para financiar sus ejércitos, especialmente en Asia sudoriental y África central. Si bien es innegable que los Estados soberanos tienen el derecho a utilizar como deseen los recursos naturales, a veces la legislación nacional prohíbe estas actividades y los funcionarios utilizan su producto en beneficio personal. Se ha señalado también que, a veces, los militares prolongan los conflictos para mantener la explotación maderera ilegal y otras actividades ilícitas.

Los bosques y los motivos de la guerra

Es raro que se vaya a la guerra por la madera, pero en Camboya y Myanmar, por ejemplo, grupos insurgentes alargaron sus conflictos, en parte, para dedicarse a operaciones de explotación maderera ilegal (Le Billon, 2000; Global Witness, 2003). Asimismo, aunque rara vez se inician los conflictos para obtener dinero de cultivos ilícitos en zonas fronterizas agrícolas, los grupos armados dedicados a lucrativos negocios de drogas tienen fuertes incentivos para no desarmarse. Se han dado también casos en África y Asia en los que el deseo de controlar el petróleo y los minerales existentes en regiones boscosas han prolongado la duración de los conflictos.

Poblaciones indígenas y grupos tribales que viven en bosques han participado en conflictos violentos en Bangladesh (montañas de Chittagong), Guatemala

(Quiché, Alta Verapaz), la India (Assam, Nagaland), Indonesia (Kalimantan occidental y Papua occidental), la República Democrática Popular Lao (norte), México (Chiapas), Myanmar (norte) y Nicaragua (Costa Atlántica). Estas poblaciones, que en muchos casos estaban marginadas o discriminadas, han reaccionado violentamente contra intentos externos de limitar sus actividades, controlar los territorios o explotar recursos naturales de sus tierras. Algunas han luchado por su autonomía o independencia, otras, por un mayor control de sus recursos naturales y otras aún, por la libertad para mantener sus actividades tradicionales o cultivar plantas ilícitas. Gobiernos extranjeros e ideólogos políticos han apoyado a veces estos movimientos y los han utilizado para promover sus propios programas políticos. Sus esfuerzos encuentran terreno fértil porque tales grupos se consideran privados de derechos políticos. Los movimientos islámicos de las regiones boscosas de Aceh en Indonesia y Mindanao en Filipinas constituyen ejemplos de esta tendencia. En partes de África, las causas de los conflictos en regiones boscosas son también factores étnicos, lo que parece ocurrir, por ejemplo, en el Senegal (Casamance) y en la República Democrática del Congo (Norte y Sur Kivu).

En otros casos los brotes de violencia se han derivado del abandono duradero del gobierno o de la presencia débil o ineficaz de las autoridades centrales. Estas situaciones dan lugar a que activistas políticos u otros grupos colmen el vacío. En muchas zonas fronterizas agrícolas de habla española en regiones tropicales de América Latina se ha registrado una difusión de la violencia social, por ejemplo, en la de Chapare en Bolivia, el sudeste de Pará en Brasil, el Petén en Guatemala, el Amazonas peruano y regiones de Colombia. Las sublevaciones rurales han tenido características análogas en Nepal y Filipinas.

Las personas toman las armas muchas veces como consecuencia de violaciones de derechos humanos perpetradas por tropas gubernamentales. Esto es frecuente en zonas lejanas donde hay poca supervisión y seguimiento por parte de los medios de comunicación y las ONG.

Algunos de los factores que favorecen la violencia en regiones boscosas se dan también en zonas montañosas y áridas, que suelen ser también pobres y estar aisladas y abandonadas. Los gobiernos deben prestar más atención a estas zonas históricamente

FAO/17551/C. DIANA



Las grandes concentraciones de refugiados y desplazados ejercen frecuentemente una gran presión sobre su medio ambiente local, como ocurrió en Rwanda.

marginadas, que frecuentemente están habitadas por minorías étnicas.

EFFECTOS DE LOS CONFLICTOS ARMADOS EN LOS BOSQUES

Aunque la guerra es casi siempre devastadora para la población, puede ejercer sobre los bosques efectos tanto negativos como positivos (McNeely, 2003). Los ejércitos queman o talan con defoliantes las zonas forestales para localizar más fácilmente al enemigo, y los soldados cazan para alimentarse (Hart y Mwinyihali, 2001; SAMFU, 2002). Las minas terrestres no sólo matan y mutilan a las personas, sino también a los gorilas y otros grandes mamíferos. Cuando se corta el acceso a bosques lejanos, resultan más amenazados los bosques de lugares seguros. Los madereros y agricultores frecuentemente aprovechan las carreteras construidas con fines militares para explotar recursos que se hallan más allá de los bosques.

Los conflictos suelen fortalecer también el poder de los militares y, a veces, las autoridades civiles tienen dificultades para hacer que los militares rindan cuentas de sus acciones. Algunos gobiernos han estimulado a sus ejércitos a que emprendan actividades económicas como la explotación maderera, en lugar de financiar sus operaciones con el presupuesto central. En los países donde el ejército participa en la explotación maderera o está muy vinculado a las empresas madereras, o en los que el gobierno permite a empresas forestales privadas establecer sus propias milicias con fines de protección, es mucho más difícil hacer cumplir las leyes sobre explotación y conservación de los bosques (Carle, 1998).

Las grandes concentraciones de refugiados y desplazados frecuentemente ejercen una gran presión sobre el medio ambiente local (Hart y Mwinyihali, 2001; Plumtre, 2003). Se desplazan a nuevas zonas para cazar, pescar, recoger leña o cortar árboles para construir casas. Estas actividades pueden agotar rápidamente los recursos locales.

Además, las guerras consumen fondos que los gobiernos podrían invertir en actividades forestales, y es posible que los funcionarios civiles se encuentren impotentes cuando los militares o los subversivos armados se dedican a una explotación maderera depredadora (Plumtre, 2003).

Paradójicamente, las guerras pueden beneficiar también a los bosques (McNeely, 2003). Los conflictos obligan a muchas familias a huir de zonas rurales, lo que permite la regeneración de las zonas abandonadas (Álvarez, 2003). Asimismo, la presencia de minas terrestres en grandes superficies impide entrar en ellas a los agricultores y otros civiles, lo que promueve la conservación y la regeneración natural de lugares desbrozados recientemente.

La guerra desaconseja también la inversión en la explotación maderera y en la destrucción de bosques para la plantación de pastos y cultivos arbóreos. Los propietarios de ganado no se acercan porque temen ser secuestrados o que les roben el ganado y las empresas madereras no quieren correr el riesgo de perder su valiosa maquinaria. La reducción de la inversión en estas actividades suele ser perjudicial para la economía y, en algunos casos, para la ordenación forestal a largo plazo. En cambio, a corto plazo, contribuye a proteger los recursos.

SITUACIONES POSTERIORES A LOS CONFLICTOS

Las situaciones posteriores a los conflictos plantean también retos específicos. En primer lugar, el 44 por ciento de los países afectados por conflictos vuelven a padecer guerras en el plazo de cinco años después del alto el fuego (Collier *et al.*, 2003). Aunque termine el conflicto, suelen seguir presentes muchos de los factores que lo causaron y algunos incluso se agravan. Estas circunstancias frenan el crecimiento económico y generan más desempleo, especialmente entre los jóvenes. Además, los excombatientes y sus apoyos políticos suelen encontrar dificultades para reintegrarse en la vida civil. Por ello, es posible que

se les pueda persuadir fácilmente a volver a tomar las armas para ganarse la vida o recuperar su rango social anterior.

Después de una guerra, los gobiernos y los organismos internacionales de ayuda están demasiado preocupados por otras cosas que les impiden dedicar atención a problemas a plazo más largo como la ordenación y conservación de los bosques. Su sola preocupación es la de restablecer la economía y, en muchos casos, la explotación maderera es la única posibilidad para muchos países de bajos ingresos. Por ello, se amplían las actividades de extracción mucho más rápidamente que la capacidad del sector público para regularlas, como ocurrió en Camboya y es probable que ocurriera en la República Democrática del Congo y Liberia. Los gobiernos establecidos después de los conflictos en Colombia, Guatemala y Nicaragua utilizaron zonas boscosas para asentar a los soldados desmovilizados y a las poblaciones desplazadas, ya que eran las únicas de gran superficie y escasamente pobladas (Kaimowitz, 2002).

Después de los conflictos, los agricultores, ganaderos y madereros reanudan sus actividades en las zonas rurales. Además, se les unen jóvenes desempleados y armados que no tienen otras posibilidades que la extracción maderera, la caza comercial y el banditaje. Es posible que los gobiernos prometan tierras, capacitación y créditos a los excombatientes, pero que sean incapaces de mantener estos compromisos al cabo del tiempo, lo que constituye la semilla de futuros conflictos.

BOSQUES PARA LA PAZ: UNA ESTRATEGIA PARA LA ACCIÓN

Los esfuerzos encaminados a fomentar la paz en regiones boscosas deben comenzar por la eliminación de los motivos del conflicto antes de que este surja. Los gobiernos tienen que adoptar medidas enérgicas para reconocer los derechos políticos, culturales y territoriales de las minorías étnicas y otras poblaciones de las regiones boscosas. Es preciso que integren a la población que depende de los bosques en la economía y vida política nacionales sin marginarlas ni obligarlas a abandonar sus hogares y culturas. Deberán proporcionarles también servicios sociales y un mayor acceso a los mercados, sin fomentar la afluencia de colonos externos (Goodhand, 2003). Las actividades de agricultura, silvicultura y

pesca en pequeña escala, así como los proyectos de producción artesanal, pueden ofrecer nuevos medios de subsistencia y reducir la vulnerabilidad de las poblaciones de las regiones boscosas. También pueden contribuir a ello la extracción sostenible de madera industrial y una repartición más equitativa de los beneficios derivados de los recursos forestales. Una policía bien entrenada, un sistema judicial que respete las prácticas locales y un sistema de seguimiento independiente de las violaciones de derechos humanos son otros de los elementos fundamentales que aumentarían la sensación de seguridad de las poblaciones locales.

Tales medidas, aunque sean costosas, pueden estar justificadas por el imperativo ético de promover la justicia social y el desarrollo sostenible. Sin embargo, como normalmente los países disponen de recursos limitados, la inversión en estos tipos de gastos suele hacerse en zonas más accesibles y densamente pobladas. Los gobiernos deben reconocer que las inversiones per cápita necesarias en las regiones boscosas, aunque son elevadas, son mucho menores que los costos de los conflictos armados, una vez que se desatan.

Cuando estalla una guerra, los bosques y las preocupaciones ambientales pueden ser importantes en el proceso de paz. En varios países, tanto las fuerzas gubernamentales como los subversivos han convenido en respetar determinadas normas ambientales, reconociendo que se beneficia así a la población. Por ejemplo, en Rwanda, se llegó a un acuerdo para evitar daños a los gorilas de las montañas durante la guerra civil, debido a su importancia para la industria turística (Plumptre, 2003). Los subversivos maoístas de Nepal respetaron en gran medida el programa de silvicultura comunitaria del gobierno, lo que demuestra la amplia legitimidad de la que se había hecho acreedor. Asimismo, durante las negociaciones de paz entre el gobierno y las fuerzas armadas revolucionarias de Colombia (FARC) celebradas en 2000, ambas partes incluyeron cuestiones ambientales en la primera ronda de conversaciones (Álvarez, 2003).

A veces pueden resultar eficaces las sanciones encaminadas a detener las ventas de madera realizadas por grupos subversivos o gobiernos de hecho no reconocidos por la comunidad internacional, lo mismo que los esfuerzos para controlar el blanqueo de dinero asociado con tales actividades. Organismos de las Naciones Unidas han aplicado este tipo de sanciones

Bosques, madera y guerras en la historia europea

Hasta tiempos recientes, el acceso a suministros suficientes de madera era una parte decisiva de la preparación estratégica en los países europeos. Esas necesidades especializadas estimularon las exportaciones procedentes de países nórdicos o, en el caso de la antigua Grecia, de la región del mar Negro a la Ática. Análogamente, uno de los motivos de la colonización inglesa del Canadá fue asegurar el acceso a madera de alta calidad para los mástiles de la marina real. El incentivo para que Francia adoptara la silvicultura moderna en el siglo XVII fue asegurar una fuente nacional de robles para la marina francesa. Se mencionan también razones estratégicas para el programa de aforestación del Reino Unido en el decenio de 1920.

Los recursos forestales fueron utilizados en exceso, por ejemplo, con el fin de suministrar madera a la construcción de navíos militares y a la producción de energía para los ejércitos y las poblaciones desplazadas. Durante las dos guerras mundiales e inmediatamente después de ellas, se talaron sistemáticamente bosques europeos y se olvidaron los principios del rendimiento sostenible. En la Segunda Guerra Mundial, una de las debilidades estratégicas de Alemania fue la falta de acceso a reservas de petróleo, que trató de reducir al mínimo desarrollando la química de la madera como combustible sustitutivo. Se hicieron planes para utilizar millones de hectáreas de plantaciones en Europa oriental para suministrar materia prima de madera a esta

nueva industria química. Incluso hoy en día, la madera de algunos bosques del este de Francia tiene menor valor debido a las balas y metralla incrustadas en ella como consecuencia de las batallas de la Primera Guerra Mundial. Su extracción causa, entre otros peligros, heridas y roturas del costoso equipo. En otros conflictos armados, se destruyeron deliberadamente huertos y olivares como acto económico o simbólico.

El colapso de las instituciones, la autoridad y la moralidad que suele ocurrir durante algunos conflictos armados y la mayoría de las guerras civiles elimina una protección importante de los bosques. Durante la guerra en la ex Yugoslavia, se dijo que algunos señores de la guerra acumularon grandes fortunas con la extracción ilegal de la madera y la exportación de maderas de los bosques de alta calidad del país. Durante el asedio de Sarajevo en el conflicto de Bosnia y Herzegovina, la población taló todos los bosques de las colinas circundantes hasta la línea de ocupación serbia, porque necesitaba leña para calentarse durante el invierno.

En unos pocos casos extremos, la guerra ha sido favorable para los bosques al permitir que los ecosistemas se recuperaran libres de presión humana. Por ejemplo, en la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia en el siglo XIV, la destrucción y abandono posterior de muchas aldeas tuvieron efectos positivos en los bosques.

en épocas diferentes en Camboya y Liberia (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2003) y han propuesto su adopción en la República Democrática del Congo. En el primer caso, la aplicación fue desigual y los resultados diversos, pero en último término las sanciones desempeñaron una función importante en el colapso de los Khmer Rojos. En Liberia, la guerra terminó antes de que se pudiera evaluar plenamente la eficacia de las sanciones aplicadas en respuesta a la interferencia del gobierno en los asuntos internos de sus vecinos.

Es importante que, en los programas de negociaciones de paz, se incluyan las cuestiones forestales y las relacionadas con otros recursos naturales, debido a su importancia económica para las facciones opuestas. La intervención de los movimientos separatistas en el control de la madera y otros recursos naturales, así como de los ingresos fiscales que producen, es fundamental para definir opciones viables con vistas a la autonomía regional. Estas consideraciones han sido objeto de prolongados debates, por ejemplo, en relación con la Costa Atlántica de Nicaragua; Aceh



FAO/17934/L DE MATTEIS

Una vez cesadas las hostilidades, la comunidad internacional puede ofrecer una asistencia a largo plazo y más generosa para contribuir a restablecer los recursos forestales, como en este proyecto de forestación en Viet Nam.

y Papua occidental en Indonesia; Mindanao en Filipinas; la península de Jaffna en Sri Lanka y varias regiones de Myanmar.

Las organizaciones de conservación que trabajan en situaciones de conflicto deben tener cuidado en mantener su neutralidad. Deberán evitar la adopción de medidas que provoquen resentimientos al prohibir el acceso de la población local a recursos naturales y habrán de fomentar el reconocimiento por todas las partes de los beneficios de la conservación. Es decisivo que se adopten las debidas precauciones de seguridad y se aproveche la aportación de personal local que conoce el contexto y el terreno (Hart y Mwinyihali, 2001; Shambaugh *et al.*, 2001).

Las organizaciones humanitarias y de socorro a los refugiados deben comprometerse a evitar que los campos de refugiados destruyan el medio ambiente. Las orientaciones aprobadas por la OACNUR en 1996 constituyen un paso importante a este respecto, pero deben ser aplicadas coherentemente en la práctica (OACNUR, 1996).

Sería ideal que la planificación ambiental y forestal para una situación posterior a un conflicto comenzara mientras éste se halla aún vigente. Se debería estudiar dónde reasentar a las tropas desmovilizadas y el apoyo que habrán de recibir para reinsertarse en la vida civil. También es imprescindible reunir a todos los interesados para estudiar la forma de tratar los bosques y el medio ambiente durante el período de transición. Como es probable que muchos gobiernos concentren sus recursos en la guerra, corresponderá a

los donantes internacionales financiar la mayor parte de estos gastos.

Una vez cesadas las hostilidades, la comunidad internacional puede ayudar a mejorar las condiciones ofreciendo asistencia a largo plazo y más generosa, dado que los países tienen necesidad urgente de divisas. Dicha ayuda exterior podrá impedir la explotación de los recursos forestales antes de que se establezca un marco reglamentario adecuado. Como la mayor parte de los órganos gubernamentales son débiles en situaciones posteriores a conflictos, las nuevas normas deberán ser sencillas y centrarse en unas pocas actividades fundamentales. También cobra importancia decisiva la realización de un seguimiento independiente.

En situaciones posteriores a las guerras, los países no deberán esperar a que se restablezcan la paz y el crecimiento económico para afrontar las cuestiones relacionadas con la ordenación de los recursos naturales y el medio ambiente. Por ejemplo, Camboya, Liberia, Myanmar y las Islas Salomón cuentan con pocas fuentes de divisas aparte de los productos forestales. Por ello, la producción forestal sostenible y una repartición más equitativa de sus beneficios deben ser los principales objetivos del desarrollo económico a fin de evitar la recaída en conflictos violentos. Cabe decir lo mismo de Angola, la República Democrática del Congo, la República del Congo y Sierra Leona, si bien en menor medida, ya que en estos países lo más importante son las exportaciones de petróleo y minerales, mientras que la madera es secundaria.

Los parques situados a lo largo de fronteras delicadas pueden contribuir a reducir las tensiones y fomentar la cooperación entre países vecinos que tradicionalmente han desconfiado unos de otros. Ejemplo de ello es el Parque de Paz el Cóndor situado a lo largo de la disputada frontera entre el Ecuador y el Perú. Otra ventaja añadida es que tales parques pueden atraer recursos financieros e incrementar la presencia no militar. En algunos casos, pueden ofrecer oportunidades de empleo a los excombatientes para que planten árboles y los protejan.

Resumiendo, las regiones boscosas de algunos países pueden ofrecer motivos de guerras y la capacidad para combatirlos. Por ello, están expuestas a conflictos armados que pueden ejercer efectos tanto negativos como positivos. Sin embargo, en las

situaciones posteriores a las guerras, en países con grandes bosques se determina casi siempre un grave peligro para estos recursos. La comunidad internacional, los gobiernos nacionales y otros interesados deberán realizar esfuerzos especiales para evitar que surjan conflictos en tales zonas, utilizar medidas de ordenación forestal para resolverlos cuando estallen, reducir su impacto ambiental y aprovechar los bosques para promover la paz y la prosperidad después de su terminación.

La paz exige un empeño que empieza con la investigación sobre una mejor forma de gobierno y la disponibilidad de los medios de subsistencia en regiones boscosas y montañosas lejanas. Si se impide que estas zonas sirvan de caldo de cultivo para la violencia, los bosques pueden asumir su verdadera importancia por las aportaciones sociales, culturales, económicas y ambientales que pueden hacer a las vidas de todos los que dependen de ellos. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, M.D. 2003. Forests in the time of violence: conservation implications of the Colombian war. *Journal of Sustainable Forestry*, 16 (3-4): 49-70.
- Carle, J. 1998. *Forest industries and log trade policy in Cambodia*. Technical Paper No. 4, Forest Policy Reform Project, Burlington, Estados Unidos, Associates in Rural Development.
- Collier, P. y Hoeffler, A. 2002. *Greed and grievance in civil war*. CSAE Working Paper Series No. 2002-01. Oxford, Reino Unido, Centre for the Study of African Economies (puede consultarse en www.csaee.ox.ac.uk).
- Collier, P., Elliott V., Hegre, H., Hoeffler, A., Reyna-Querol, M. y Sambinas, N. 2003. *Breaking the conflict trap, civil war and development policy*. Washington, DC, Banco Mundial.
- Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. 2001. *Adición al informe del Grupo de Expertos encargado de examinar la cuestión de la explotación ilegal de los recursos naturales y otras formas de riqueza en la República Democrática del Congo*. S/2001/1072 (13 de noviembre de 2001). Nueva York, Estados Unidos (puede consultarse en www.un.org/Docs/sc/letters/2001/sglet01.htm).
- Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. 2003. *Resolución 1478 (2003)*. S/RES/1478 (6 de mayo de 2003). Nueva York, Estados Unidos (puede consultarse en www.un.org/Docs/sc/unsc_resolutions03.html).
- Global Witness. 2003. *A conflict of interests, the uncertain future of Burma's forests*. Londres, Global Witness.
- Goodhand, J. 2003. Enduring disorder and persistent poverty: a review of the linkages between war and chronic poverty. *World Development*, 31 (3): 629-646.
- Hart, T. y Mwinyihali, R. 2001. *Armed conflict and biodiversity in sub-Saharan África: the case of the Democratic Republic of Congo (DRC)*. Washington, DC, Programa de Apoyo a la Biodiversidad.
- Kaimowitz, D. 2002. Resources, abundance and competition in the Bosawas Biosphere Reserve, Nicaragua. En R. Matthew, M. Halle y J. Switzer, eds. *Conserving the peace: resources, livelihoods and security*, págs. 171-198. Winnipeg, Canadá, Instituto Internacional para el Desarrollo Sostenible.
- Le Billon, P. 2000. The political ecology of transition in Cambodia, 1989-1999: war, peace and forest exploitation. *Development and Change*, 31(4): 785-805.
- Le Billon, P. 2001. The political ecology of war: natural resources and armed conflicts. *Political Geography*, 20: 561-584.
- McNeely, J. 2003. Biodiversity, war and tropical forests. *Journal of Sustainable Forestry*, 16(3-4): 1-20.
- OACNUR. 1996. *UNHCR environmental guidelines*. Ginebra, Suiza (puede consultarse en www.UNHCR.ch).
- OACNUR. 2002. *Refugees by numbers*. Ginebra, Suiza OACNUR (puede consultarse en www.UNHCR.ch).
- Plumptre, A.J. 2003. Lessons learned from on-the-ground conservation in Rwanda and the Democratic Republic of Congo. *Journal of Sustainable Forestry*, 16(3-4): 71-92.
- SAMFU. 2002. *Plunder: the silent destruction of Liberia's rainforest*. Monrovia, Save My Future Foundation (puede consultarse en www.forestsmonitor.org/reports/plunder/plunder.pdf).
- Shambaugh, J., Ogelthorpe, J., Ham, R. y Tognetti, S. 2001. *The trampled grass: mitigating the impacts of armed conflict on the environment*. Washington, DC, Programa de Apoyo a la Biodiversidad.
- Starr, S.F. 2002. *Conflict and peace in mountain societies*. Documento temático para la Cumbre Mundial sobre las Montañas de Bishkek. Nairobi, PNUMA. ♦